

# MURCIA EN LOS VIAJES POR ESPAÑA

POR

ANTONIO PEREZ Y GOMEZ

## X

Lo hemos pensado mucho antes de dar estas cuartillas a la revista. En realidad los dos viajes que en este décimo artículo comentamos, contienen impresiones sobre nuestra tierra de dos viajeros, uno de ellos del sexo débil, anglo sajones, como si dijéramos de antes de ayer. Son estancias en Murcia, y ciudades vecinas, en una época que bien raro será el lector que no la haya conocido plenamente; en el decenio entre 1920 y 1930. Las dos obras van ilustradas con el moderno e impersonal procedimiento, reproductor de paisajes y monumentos, de la fotografía. Tuvimos varias veces la tentación de dejar de lado el quehacer, juzgándolo de interés bien escaso.

Pero esta es una publicación de anales murcianos, y lo que para el actual lector es historia reciente, puede ser para futuros estudiosos material útil. Por otra parte, este trabajo viene a completar una serie de juicios sobre Murcia de un conjunto de personas con un denominador común: su país de origen. Por ello determinamos darlas a conocer e incluso anunciar, a quienes nos siguen en esta curiosidad con ribetes peripatéticos, un siguiente artículo con las divertidas aventuras, entre nosotros, de Jean y Cora Gordon, en época muy próxima a la de los dos periplos que hoy extractamos, y que poseen el interés de haber tenido sus protagonistas un intenso comercio espiritual con artistas e intelectuales murcianos, y con personajes conocidos del pintoresquismo regional, que presta sugestiva atracción a los recuerdos que dejaron en dos libros no fácilmente encontrables ya hoy.

Los dos viajeros que atraen ahora nuestra atención, y la vuestra, tienen de común, aparte de una posible influencia del varón sobre la dama, que casi seguro leyó su relato antes de escribir los recuerdos de su excur



sión por España, las frases agradables para nosotros que dedican al carácter español, a la amabilidad en facilitar al viajero el logro de sus deseos, a la honestidad de las gentes, a la calidad de nuestros caminos y comunicaciones, menos malos de lo que injustamente se propaga, y a la excelencia de posadas, fondas y hoteles españoles, modestos, pero limpios y alegres, y preocupados sus dueños en hacer la vida agradable al huésped. Ambos ponen de relieve que en España, la realidad es totalmente distinta a lo que el viajero espera, por la deformación sistemática que ha ido haciendo el culto excesivo, en las guías y relatos de viajes, a un pintoresquismo desaparecido y perteneciente sólo al terreno de la literatura comercial.

Siguiendo un orden cronológico, vamos a comenzar por los recuerdos de su paso por Murcia del turista que nos visitó en 1922 ó 1921. En realidad, en la época en que estamos trabajando, el viajero es un verdadero turista, con lo que nada se gana, porque se desdibuja la personalidad, y las cosas parece que se ven a través de un prisma completamente prefabricado.

El teniente coronel H. A. Newell, Fellow de la Real Sociedad Geográfica de Londres (F.R.G.S.) y persona no bisona en el arte de escribir porque se confiesa autor de «Topee and Turban», fue nuestro huésped, en ruta desde Valencia a Granada, por la costa en su primera etapa hasta Alicante, y por el interior en el resto de su recorrido, hacia 1921 ó 1922. Nos dejó huella impresa de sus recuerdos en un libro publicado en Londres, bajo el pabellón editorial de Methuen and Co. Ltd, en 1922, que consta de XII más 248 páginas y que se ilustra con veintitrés fotografías, de paisajes y objetos de arte, ninguna de las cuales se refiere a nuestra ciudad.

Pese a sus iniciales frases de favorable y benévola opinión sobre las cosas de España, no puede por menos de reprochar a nuestros ferrocarriles su semejanza con algunas piezas de teatro, de actos breves y entre actos larguísimos, por sus paradas prolongadas e inexplicables en estaciones de pequeña importancia, que hacen que el viaje desde Valencia a Alicante dure diez horas. Sin embargo, perdona esa lentitud porque merced a ella puede gozarse plenamente de un escenario, a uno y otro lado de la vía, de los más bellos y característicos del sur de España, al que prestan novelesco romanticismo las viejas torres rojizas de los castillos moriscos que se divisan al paso, con sus marciales bastimentos destacándose entre el azul del cielo en la cumbre de alguna montaña; algunos, por su vejez y abandono, parecen desmoronarse tranquila y lentamente bajo el encendido brillo del sol, en medio de un voluptuoso y lánguido



paisaje oriental, poblado de verdes palmeras entre las que destacan los blancos brocales de los pozos de agua.

Nada sorprende tanto a la vista como el dramático contraste entre las estériles, secas y rocosas montañas, desprovistas de vegetación y llenas de aridez, y la lujuriente fertilidad de la llanura que a sus pies se extiende. Hay una siniestra belleza en la desolación de estos esqueletos de roca que amenazan la serena belleza del valle, pródigo en almendros, hortalizas, olivos, naranjos, rosales y geráneos. Gradualmente desaparece la zona fértil, y se impone el espíritu del desierto. El tren se adentra por desfileros estrechos, con precipicios y acantilados, asoma después a un panorama de desnudas colinas, para discurrir, más tarde, por un pequeño valle laboriosamente cultivado, con tomates y otras plantas, y desembocar a la postre en un bellísimo paisaje de huerta.

En cada pequeña estación, el mismo escenario; cestos, sacos, bultos y fardos hechos con cuerdas trenzadas, amontonados desordenadamente entre multitudes más desordenadas todavía, ruidosas e inquietas en las que destacan, vigilantes, dos o tres Guardias Viviles, con sus claros uniformes en amarillo y gris y el característico tricornio de negro y brillante charol. Los coches de tercera llevan sus asientos en dos filas, paralelas, en sentido longitudinal, protegidos por una barandilla. El maquinista conduce diestramente el convoy aunque las fuertes sacudidas son muy frecuentes.

Como Alicante se encuentra algo alejada de nuestro interés regional, dejamos al viajero visitar tranquilamente la Santa Faz, los bellos paseos y las instalaciones portuarias y que descanse en el Hotel Simón. Nos unimos a él cuando se acerca a Elche y leemos cómo recuerda toda la serie de homenajes que otros viajeros y muchos artistas, rindieron a sus famosos bosques de palmeras, elogios que Newell encuentra algo exagerados sobre todo para quien conoce los palmerales inmensos del sur de India. Encuentra el paisaje muy similar al de Quilon y otras comarcas de Travancore.

La estación ilicitana es pequeña, pintada de rosa y emplazada en un palmeral. Desde ella, y por un blancuzco y polvoriento camino, se llega a la ciudad, antes muy importante, y hoy desanimada y empobrecida. Tejedados planos, casas blancas y la cúpula azul de Santa María que, con las palmeras y arenales en torno, le dan un carácter típicamente oriental. Ciudad morisca, como si no hubieran pasado los novecientos años desde que don Jaime el Conquistador, rey de Aragón, la ganó para el mundo cristiano, simplemente dejando caer, como al descuido, trescientas monedas de oro en las acogedoras mangas de uno de los caudillos musulma-



nes que le entregó la plaza. Las puertas de oro fueron abiertas con llaves de oro, mucho antes del bello lamento de Tennyson.

En la calle estrecha, de empedrado pavimento, de Alfonso XII, un hombre sentado a la puerta de una casa, confecciona, con cuerdas de cáñamo, suelas para alpargatas de las que hace, en un día, treinta docenas de pares, mientras un poco más allá, unas muchachas, aguja en mano, tejen la tela que ha de completar ese calzado, y lo hacen con tanto afán como si en ello les fuera la vida.

Visita al huerto de don Juan Orto Miralles (el inolvidable don Juan Orts) que no es sino la máxima glorificación de la palmera; caminos estrechos entre los esbeltos troncos, a través del laberinto de luces y sombras que traza el sol al filtrarse por las verdes copas de los árboles, mientras desde abajo se divisa por entre los penachos, el azul brillante del cielo. Los arabescos inquietos que el reflejo del sol dibuja en la tierra, sin duda fueron la inspiración de los arquitectos árabes para los motivos bellísimos de sus mármoles, estucos y mosaicos.

La gloria del jardín es la palmera del capellán Castaño, con sesenta (?) años de vida, rodeada de los siete vástagos que de ella nacieron. Se ven muchos árboles con las hojas de sus copas atadas, y aprende que ello se hace para blanquearlas, y usarlas, luego de religiosamente bendecidas. el Domingo de Ramos y colocarlas después como adorno en ventanas y balcones. Esa operación sólo puede hacerse en las palmeras macho, y cada cuatro años. El árbol florece en mayo, cuando el polen fecunda a la palmera hembra. Los dátiles se cosechan cada dos inviernos, con un producto de alrededor de sesenta y cinco libras, y es en noviembre el pleno de la recolección.

Visita también otra de las atracciones ilícitas, la Villa Carmen, cuya dueña vive en Madrid y permite el acceso a su propiedad mediante el pago de una pequeña suma. Merece la pena subir las escaleras y asomarse a la terraza, porque el paisaje que desde ella se divisa es muy bello. Por tres de los costados, el mar inquieto que forman los penachos de las palmeras agitados por el viento; a lo lejos, por Santa Paola, se divisa el mar; y por el oeste, la vieja ciudad dominada por el domo azul de Santa María con un lejano fondo de colinas suaves. Todo esto desde el centro del más grande palmeral de Europa.

En la ciudad, casi todos los edificios medievales están derruidos o en penoso estado de abandono, entre ellos la *Calandra*, que fue antes espléndido palacio de los duques de Altamia, y ahora es montón confuso de tiendas y casas de alquiler. Una curiosa supervivencia medieval es la figura en madera, de un criado, vistiendo librea del siglo XVI. El maniquí está en el campanario con el ademán de estar tocando las campanas.



La ciudad está cruzada por el *Vinalpo*, reducido a mero arroyo en junio, entre arenosas márgenes unidas, sobre él, por el viejo puente de piedra de la Virgen y por otros dos más modernos.

El viajero es seguido, a todas partes, por un montón de chiquillos a los que atrae su cámara fotográfica, y que le prestan el señalado servicio de ahuyentar, incluso a pedradas, a una banda de gitanos que se acercaban a pedir limosna. Los mendigos en España son innumerables, y su demanda interminable, acabando, de consuno, con el bolsillo y la paciencia.

Viaje a Murcia donde llega a las siete y media de la tarde en medio de una bellísima puesta de sol sobre la huerta y las montañas vecinas, con el rosa radiante de los atardeceres del desierto. Ha ido en ferrocarril y al salir de la estación se encuentra afuera, esperando a los viajeros, con dos potentes caballos negros, el ómnibus del Hotel Patrón. Mal camino hacia la ciudad; baches, polvo, y fuertes sacudidas, y no mucho mejor dentro de ella, por los pavimentos empedrados y las calles estrechas que hacen que, en algunos casos, el coche pase rozando las paredes.

El hotel ha debido ser una vieja y típica casa española. Quizá palacio de algún noble personaje, en el corazón de Murcia y muy cerca de la Catedral. Un amplio patio descubierto rodeado por galería a la que dan los cuartos interiores. Se sienta a una mesita, pide un limón helado, y recibe el consabido asalto del limpiabotas. Los españoles tienen a gala llevar siempre muy limpio el calzado. Y con el limpiabotas, los vendedores de loterías y de rifas, menester que, con el suyo peculiar, comparte también quien le está limpiando los zapatos.

Las calles del Príncipe Alfonso y Platería, estrechas, con pavimento de piedra, y con altas casas a uno y otro lado, están prohibidas para el tránsito de animales y carruajes. Abundan en ellas los comercios; pastelerías, tiendas de abanicos y peinetas, joyerías. Entre ambas filas de casas, toldos para proteger del sol al paseante. La gente barre los detritus hacia el centro de la calzada. Noche y día, gran concurrencia de gente en las calles. Señoras con rostro pálido, vestidas de negro, abanico en la mano, que se dirigen a la Catedral a rezar en el silencio aromado de incienso... Campesinos con su blusa azul, cargados con cestos o sacos... Carniceros con sus carritos cargados de reses muertas... Mendigos, vendedores de agua con sus cántaros de forma romana.

A la Catedral se entra por una puerta, con doble cancela metálica, bajo un arco redondo. Una fachada pesada, rococó, con figuras talladas por Jaime Bort, en el siglo XVIII. Al norte la gran torre, comenzada por Carlos V y terminada en 1521, según reza una lápida recordatoria de tales efemérides. Modernas vidrieras de execrable gusto, afean el interior;



en los claustros, respaldadas por los muros exteriores, se abren diversas capillas. En una de ellas la bella pintura de la Virgen, que la preside, atrae interminable y constante afluencia de fieles y muestra en su altar ofrendas y exvotos; una marchita magnolia en un bote de mermelada Keiller, Dundee, y una lamparilla de rústico metal.

El altar mayor está ostentosamente decorado con repujados de metal, y el ábside con adornos en color y dorados. En una hornacina o nicho, se guarda el corazón de Alfonso, el rey sabio que incorporó Murcia, en 1266, al Reino de Castilla. Antes la comarca había constituido un poderoso estado morisco, bajo la dinastía de los Beni Had, cuyos dominios se extendían a gran parte de la península incluidas Córdoba y Sevilla. La Catedral ocupa el lugar donde antes radicaba la Mezquita.

Después del templo principal, el edificio más importante es el palacio del Arzobispo, con su bella fachada rosa y sus grises columnas, en el patio, cubiertas de rojas bougainvilleas. La residencia del Prelado estuvo primero en Cartagena, que quizá fue la Sede primada de España antes que Toledo.

Al Teatro Romea, se va por una hermosa avenida de plátanos y casuarinas. El coliseo es muy bello, con rica decoración en blanco y rojo: cuatro filas de palcos y de series de butacas, tapizadas en rojo, hasta el techo que se adorna con pinturas alusivas a Murcia y con unos frisos de medallones con retratos de compositores dramáticos y de alegorías artísticas. El telón principal muestra tres escudos de la ciudad, en distintas épocas y, enfrente, un lujoso repostero señala el palco del Gobernador. El efecto de todo ello es brillante y lujoso.

Nuestro viajero hace en este momento, aprovechando la ocasión, un despliegue de sus conocimientos sobre el origen y desenvolvimiento del arte dramático en España, aludiendo a las primeras piezas, ora de carácter pastoril, ora religioso, en forma de Misterios, para ser representados en las vísperas de ciertas solemnidades del Santoral; recuerda que una de las primeras representadas lo fue en lengua valenciana, y señala el ascendiente provenzal de nuestro teatro. Comienzan más tarde a escribirse piezas en castellano, pero el arte escénico nacional no surge con peculiaridad estimable hasta que Rodríguez de Cots (Rodrigo de Cota) escribe su famoso «Calixtus and Melibeus». Después le siguen el Marqués de Villena y Juan de Enzini, del cual fue estrenada una obra en las bodas de Fernando e Isabel. Posteriormente, otros autores, influenciados por las tragedias griegas y por las comedias latinas, van enriqueciendo el inventario de nuestro teatro hasta la aparición del realismo con Cervantes, Calderón y Lope, al último de los cuales se le supone autor de más de dos mil obras dramáticas. Con el realismo adquiere nuestro arte escénico su



máximo apogeo hasta el extremo de influenciar, notoriamente, el drama francés, italiano e inglés.

Dedica un largo párrafo a la figura del *apuntador*, actuando, primero, en la propia escena, con una vela, situándose a la izquierda del actor que había de hablar, para recitarle su papel. Más tarde se alberga en un foso colocado en el suelo, desde el que va leyendo con voz monótona el libreto que siguen, con más o menos fidelidad y soltura los intérpretes. Como desde la sala se perciben las dos voces, separadas, ello produce un efecto pésimo.

En el Mercado, se encuentra la Iglesia de Jesús con paredes amarillentas y una torre con cubierta de tejas entre las que crecen algunas matujas. Pese a su humilde apariencia, constituye la más fuerte atracción de la ciudad para los visitantes extranjeros porque en ella se conservan las obras más importantes y significativas del gran escultor en madera Zarcillo, nacido en Murcia en 1707. Su producción, allí reunida, consta de una serie de siete magníficos grupos o «pasos» procesionales, con figuras de tamaño natural decoradas con colores brillantes. Se entra al lugar donde los «pasos» se exhiben, llamando reiteradamente a una pequeña puerta pintada de rosa situada a la derecha, y un sacristán barbudo actúa de guía.

«El Prendimiento», con Judas besando a Jesús mientras un soldado romano yace en el suelo al pie de San Pedro con la espada desenvainada, que costó, como indica una tablita a su lado, ocho mil seiscientos dos reales. Otro grupo magnífico es el que representa a Cristo caído bajo el peso de la cruz con el Salvador vistiendo rica túnica púrpura con brocado de oro. Se enseña a los visitantes un retrato, a lápiz, de Salzillo. Peluca larga, con lazo negro, cara alargada y expresión dulce y pensativa. Un numeroso grupo de pequeñas esculturas, obra de su hijo, constituye el mayor atractivo del Museo, edificio en piedra y argamasa coloreada situado en la plaza del Obispo Frutos.

En España las Catedrales y gran parte de los templos, son verdaderos depósitos de tal cantidad de obras de arte que constituyen, en verdad, auténticos museos. Comparados con ellos, los templos de otros países, que carecen de otros atractivos, producen cierta impresión de desnudez y pobreza.

El postrer recuerdo que queda de Murcia en Newell es el de la Estación de ferrocarril donde toma el tren para Granada. Abigarrada muchedumbre, estruendo en el andén, calor, flores, prisa y larga espera. La hora de salida del tren era la de las ocho de la mañana. Desde mucho tiempo antes, larga cola en la única taquilla para despachar billetes, en la que se aglomeran todos los campesinos y huertanos con productos para los



mercados. Mujeres con sus chales de largos flecos, en seda negra bordados de flores, brillantes arracadas y altas peinas de concha, vendiendo rosas y claveles, o en pequeños pomos o en complicados ramos. Otras ofrecían magnolias, con sus hojas protegidas con cuerdecitas de cáñamo. Niños sirviendo de lazaretillos a mendigos ciegos, y vendedores de lotería de todas las edades. Todo ello con la dominante nota azul de los uniformes de los oficiales de Marina que regresaban a Cartagena, y la roja de las capas de los funcionarios de Correos.

Pero al final partió el tren. Newell pudo desprenderse del último mendigo y librarse del acoso de una vendedora de flores que quería meterle a la fuerza un complicado ramo y a la que aplacó con la simple compra de una bella magnolia. Un muchacho americano comprueba que se ponen en marcha con cuarenta y cinco minutos de retraso y de nuevo desfilan a uno y otro lado los conocidos horizontes, verde mar de la huerta, y desnudas colinas de color ocre al fondo. De vez en cuando las amarillas flores de los cactus, no del amarillo limón, sino del más fragante naranja. Reiteradamente van apareciendo las estaciones pequeñas, pero todas con la nota verde de las acacias, que animan sus andenes.

A mediodía, Lorca. Verdadera carrera de obstáculos para llegar a la cantina y poder meterse entre pecho y espalda un huevo, algo de pescado, una costillita de vaca, ensalada y fruta, en el limitado espacio de veinte minutos. Y vaya con Dios el Teniente coronel Newell, hacia tierras andaluzas, que nosotros vamos a seguir ahora las andanzas por Murcia de otra viajera que, sin duda, debió haber leído el relato que acabamos de extractar por las claras influencias que de él se perciben en los recuerdos que ella publicó.

La visita a nuestras tierras de Alice de M. S. Newbiggin, le dio motivo para publicar un libro, en el usual formato en octavo y la típica y excelente encuadernación sajona de tela roja, que vio la luz en 1927, bajo la cobertura editorial de «Houghton Mifflin Company» de Boston-New York, pero habiendo sido impreso en Londres por «Unwin Brothers». El ejemplar que tenemos a la vista consta de VIII mas 208 páginas y contiene, a guisa de ilustración, fotografías de lugares de España y de obras de arte. De nuestra región sólo existe, sin peculiaridad alguna que aconseje su reproducción, la del castillo de Monteagudo.

La señora o señorita Newbiggin, había entrado en la península por Cerbère y viene a nosotros, como Newell, desde Alicante. Vamos a darle la bienvenida en Elche. No era una viajera común: tenía sus pujos literarios y sus arrebatos líricos con reminiscencias poéticas y bíblicas. Así,



extasiada ante el horizonte de altos troncos y verdes penachos, recuerda la frase: «Subiré por el largo tronco de la palmera, y comeré en su copa los frutos del árbol». Pero las palmeras son muy altas, los dátiles están arriba, lejanos y de difícil acceso, y... por todas partes cartelitos numerosos: «Prohibido tocar las palmeras». Su arrebató lírico hubo de contentarse con ver desde el suelo cómo el viento agitaba lentamente las copas de verdes y largas plumas dejando ver el fuerte azul del cielo a su través.

Contemplando el panorama, desde el tejado del Mirador, le cuesta trabajo creer que se encuentra en Europa. Lo que la rodea, es un impenetrable bosque con hectáreas y hectáreas de palmeras acariciando el aire con sus airoosas cumbres verdes. La misma vista desde Villa Carmen y, más maravillosa todavía, desde la torre de Santa María. Para quien se atreva a escalar los 128 pies que hay hasta el tejado de piedra del edificio, está ahí, a sus pies, este bellísimo paisaje puramente oriental. Al fondo las montañas rocosas, rojizas, quemadas por el sol, y en torno, en gran extensión, la sola vegetación posible en este clima; las palmeras. Entre ellas, diseminadas, las casitas blancas, encaladas; un arroyo, con su lecho seco, atravesando la ciudad; los tejados planos de los edificios separados por calles estrechas. Una escena oriental, con sus colores típicos, con el sol encendido y tropical, con el aire que vibra con el tañido de las campanas.

En la torre de la iglesia, hay una monstruosa por su tamaño y otras ocho más pequeñas. Las manejan tres chiquillos, con largas vestiduras de alpaca negra, que se afanan tirando de las cuerdas con alegre frenesí. Imposible hablar con tal estruendo. Hasta la torre parece que vibra. Y es un alivio refugiarse en el hueco de las escaleras, tras los gruesos muros, para liberarse un poco de tamaño estrépito.

Se siente un contraste que aquieta el ánimo, cuando se sale de la iglesia para adentrarse en los palmerales. Visita algunos huertos privados, sin necesitar guía alguno, salvo el propio jardinero que, con su familia, vive en ellos. Aun cercanos a la ciudad, los ruidos se apagan y se siente una confortadora paz. Presencia la recolección de dátiles, las acrobacias del hombre, atado a una cuerda, subiendo al árbol, casi vertical a su tronco, apoyando los pies en las irregularidades que fueron dejando las palmas arrancadas; cuando alcanza la copa, la mujer, desde abajo, con otra cuerda, va elevando capazos vacíos que retornan a tierra cargados de dátiles. Se le invita a probarlos; son las primicias de este año, los primeros que se recolectan, fruta temprana. Y aunque no puedan compararse con los argelinos, la belleza del sitio, la novedad de encontrarse en Europa, ante paisaje tal, y el comerlos recién cogidos, compensa leves deficiencias o diferencias de sabor que sólo paladares especializados percibirían. Elche



es el único sitio de Europa en que la palmera es explotada como árbol de producto comercial.

El jardinero le aclara todas sus curiosidades. Le explica el procedimiento de cultivo, la fertilización de las hembras, en mayo, y la aparición, en noviembre de los dátiles. Le explica por qué se encuentran atadas las copas de algunas, con la finalidad única de proteger sus hojas contra la luz, blanquearlas, y venderlas después, una vez bendecidas, como segura protección contra el rayo, quizá más segura que el poner una alta espiga de hierro en los tejados. Esa operación del blanqueo, no puede hacerse, en el mismo árbol, sino cada cuatro años.

Bellos juegos de luces y sombras por las filtraciones, entre las copas, de los rayos del sol. Gran profusión de flores y geráneos. Una bella casia, de aromática corteza, muestra orgullosa su flor de amarillo brillante con un gran pistilo rojo en el centro.

La palmera real, el monarca de este ejército, es «La Imperial», vieja de doscientos años, apuntalada como una inválida, rodeada de los siete hijos que de ella proceden. Es el genio tutelar del bosque. La viajera le desea larga vida aún, para seguir presidiendo ese trozo de Africa trasplantado a Europa.

Tiene un recuerdo para «La Dama de Elche». Encontrada en agosto de 1897; representa un busto de mujer, con peculiarísimo atavío en su peinado y pendientes, de tamaño natural, conservando todavía trazas del decorado primigenio en colores, y obra —sin duda— de algún escultor ibérico fuertemente influenciado por la tradición escultórica griega y oriental. Se remonta al siglo V antes de Jesucristo, hacia el 440. Comprado por los franceses, e instalado en el Louvre, fue posteriormente restituido a España y figura hoy en el Museo Nacional de Madrid.

Como el ferrocarril desde Elche a Murcia es lento e infrecuente, alquila un buen automóvil, con amplio departamento para el equipaje, y que un chofer joven conduce con destreza. Esto le permite ver el paisaje a su gusto. El camino es menos malo de lo que esperaba. La velocidad del vehículo, bastante buena, aunque quizá a ella se lo parezca comparada con la lentitud de las carretas de bueyes que se encuentran repetidas veces a lo largo de la ruta.

Toda la comarca que atraviesa tiene marcado carácter oriental. A la izquierda, hasta el mar, la verde llanura de la vega; a la derecha montañas secas, incultas, desnudas y rocosas, aparentemente desprovistas de toda vegetación pero apareciendo, de vez en cuando, pequeños arbustos que nacen entre las rocas. Tonos amarillentos, suelos arenosos, colinas de un color moreno rojizo. Los colores del Sahara. Palmeras, viviendo en su puro ambiente; naranjos, más escasos; algarrobos, olivos, viñas. Algu-



nas colinas pobladas de esparto. Pueblecitos blancos con sus iglesias de tejados azules. Cuevas en las montañas, no prehistóricas, sino modernas, para vivir en ellas los gitanos muy diestros en esta clase de excavaciones. Cerca de Murcia, el castillo de Monteagudo, pintoresco, encaramado en la cima del monte y que hubiera deseado visitar, impidiéndoselo el deseo de llegar a Murcia de día, lo que logra gracias al acierto de haber alquilado el automóvil para el viaje.

Murcia es una ciudad industriosa y próspera, situada en el valle del Segura, por cuyas peñascosas gargantas fluyen y corren sus aguas vivas, verdadera proeza en los ríos tan secos de España. Tiene calles estrechas, con denso tráfico de gentes por ellas. Las dos más importantes, que se cruzan en ángulo recto, Platería y Príncipe Alfonso, están cerradas al tránsito rodado. Con sus altos toldos, sobre la calzada de tejado a tejado, como una protección contra el sol, recuerdan la calle de las Sierpes, en Sevilla, y son un verdadero oasis para el transeúnte en las jornadas calurosas en que el sol aprieta. Por todas parte carteles prohibitivos: «Prohibido jurar», «Prohibido blasfemar». Ella se asombra de esta profusión y piensa en la nula eficacia de tales advertencias.

La ciudad está dominada por su inmensa Catedral, edificio modernizado en el siglo XVI y que tiene una fachada occidental del más puro estilo rococó. Salvo esa fachada, el exterior nada tiene digno de mérito a excepción de la torre, impresionante por su altura. Aunque el acceso a su cumbre sea incómodo, merece la pena por el soberbio panorama que desde allí se divisa. Desde arriba, la plaza es vista como si se contemplara una casa de muñecas, con sus arbolitos, la doble fila de carruajes de alquiler y los paseantes diminutos. Mientras ella se extasía, el guía, un muchacho, se dedica a acrobacias peligrosas por las cornisas, envalentonándose y acudiendo a verdaderas proezas de equilibrio cuando se le pregunta si no tiene miedo. A la postre alcanza un lugar, de acceso difícil y peligroso, donde asegura que puede ser visto desde cualquier punto de la ciudad.

Ayudada por el guía, va orientándose en el espléndido horizonte que divisa. La ancha llanura de la huerta, envuelve a la ciudad, de estrechas calles y tejados planos, con su dilatada cintura verde, hasta las lejanas montañas, de tierras ricamente cultivadas y artificialmente irrigadas. Palmeras, naranjos, limoneros, viñas, algarrobos, hortalizas. Todos los verdes imaginables. Moreras, moreras y moreras, porque Murcia es centro destacado de la industria de la seda. Muy lejos la rojiza cintura montañosa en la que destacan, la alta peña y castillo de Monteagudo, al nordeste y, en el lado opuesto, encaramado en la repisa de una montaña, el santua-



rio de la Virgen de la Fuensanta que está bastante cerca y que se propone visitar al día siguiente.

Dentro de la Catedral hay algunas cosas dignas de ser examinadas con atención, el bellissimo coro en nogal, del siglo XVIII, muy bien labrado, con los paneles bajos con escenas del Viejo y Nuevo Testamento, y los altos con unas figuras de santos de aspecto aburrido. Suntuoso altar mayor en el que se guarda, en un arcón, el corazón de Alfonso X el Sabio. Durante la visita les acompaña primero un sacristán, bastante averiado físicamente, pues lleva la cabeza vendada; y también espiritualmente, pues nada les dice interesante o divertido; pronto les abandona y entra en liza otro guía más eficaz que les lleva a ver la sacristía, con sus magníficas custodias, engarzadas con perlas, esmeraldas y rubíes, y otros tesoros en joyas y obras de arte que constituyen, en realidad, los mejores atractivos del templo que, por sí solo, no tiene grandes bellezas de orden arquitectónico o artístico.

No le agradan las mujeres de Murcia, que aun reputadas como muy guapas, no tienen ni la gracia ni la belleza de las sevillanas. Las chicas jóvenes, son, para sus ojos, verdaderamente insignificantes, sin atractivo despistadas por la imitación de las modas francesas, pelo corto y lacio, abandonando las trenzas negras y brillantes peculiares de la mujer española. Con sus peinados modernos, faldas cortas y medias de color de carne y ademanos audaces, han perdido su personalidad. Olvidan que la clásica mantilla, la peina alta, y sus vestidos regionales, pondrían más en relieve sus naturales encantos.

La animación de las calles no cesa hasta muy tarde, casi en la madrugada. En el café que existe frente al Hotel, las conversaciones de los parroquianos son tan ininterrumpidas y tan ruidosas, que parecen las cataratas del Niágara. Recuerda la frase de una señora inglesa que, asombrada de tanto parloteo, llegó a preguntar: «¿Pero de qué pueden hablar tanto tiempo?». Seguramente esta capacidad para poder sostener conversaciones interminables, horas y horas, es un don del Señor.

Mientras pasea, va conociendo los innumerables oficios y trabajos de la gente en la calle o visible desde la calle. Sacerdotes, en gran número; soldados; barberos con tienda abierta, a ras de la calzada, afeitando barbas; vendedores y vendedoras de flores; limpiabotas; vendedoras y vendedores de lotería y de papeletas de rifas; vendedores de agua, con su borrico lleno de cántaros al que es agradable seguir un rato siquiera sea por ver los sugestivos cacharros de alfarería siempre decorados de modo pintoresco y artístico.

Las calles son una verdadera mezcolanza de personas, cosas y animales. Es muy frecuente el paso de carretas de bueyes, que transportan pro-



ductos de la huerta, conducidas por su dueño, delante entre las dos bestias que las arrastran. Y sorprende bastante, en todos estos pueblos españoles, de regiones secas, desprovistas de agua, como siendo tan frecuente el paso por las calles de toda clase de animales, bueyes, vacas, cabras, mulas, caballos... aparezcan las calzadas notablemente limpias.

Murcia es una de las ciudades más calurosas de España. El sol aprieta que da gusto y ello es una dificultad para el viajero que dispone de pocas horas cómodas de visitar la ciudad, sus monumentos y sus alrededores en las épocas estivales. A la una de la tarde hay que meterse en casa, y hasta después de las tres no es aconsejable salir de nuevo al exterior.

Es indispensable visitar la Iglesia de Jesús para conocer las más importantes obras escultóricas de *Zarcillo*, gran tallista nacido en Murcia y que vivió en ella durante el siglo XVIII, precisamente la época en que España se caracterizaba por su mayor decadencia artística. La obra que en tal iglesia se guarda, consiste en una serie de grupos de carácter procesional. El más importante de ellos es «La Cena». Cuando entran a la pequeña capilla en que se exhibe, y se enfrentan con las trece figuras, un tercio más grandes del tamaño natural, sentadas a la mesa, la impresión es verdaderamente brusca. Por consejo del sacristán suben unos peldaños, en la pequeña escalera que hay en un rincón, y obtienen desde allí una más adecuada visión de conjunto, al mismo nivel de las figuras. Se acercan luego para mirar el grupo con más atención y detalle. A lo largo de la mesa, cubierta con un auténtico mantel, están sentados los doce apóstoles, seis a cada lado, y el Señor, al final, en uno de los extremos, sus manos extendidas, y todas las cabezas vueltas hacia El para escuchar sus palabras. Juan, ocupa el lugar a la izquierda de Jesús, está recostado sobre el Maestro, y es el que tiene su cabeza inclinada, como abrumado y lleno de congoja. La figura principal está llena de dignidad y las actitudes, gestos, rostros de todos son de acentuado realismo. Hay un evidente y palpable ambiente de pavor y de solemnidad, en todo el grupo, verdaderamente impresionante.

Todas las figuras están decoradas con colores calientes y brillantes; los rostros tienen una capacidad de expresión sorprendente. Los contrastes entre colores son numerosos, violentos y estudiados. La ejecución de la cabeza y del rostro del discípulo amado, es bellísima. Y resulta extraño que este derroche de color no sólo no desagrade, sino que produzca una sensación contraria. Los artistas españoles, en realidad, siempre tuvieron predilección marcada por decorar con color la materia utilizada para sus tallas, piedra, barro, madera. Casi todas las esculturas que se admiran en los templos y museos españoles, tienen vestigios, aun las



más antiguas, de haber estado pintadas. Pero en Salzillo esto llega casi al paroxismo, porque a la pintura se añade, a veces, el aditamento de ropas, cabellos y elementos ajenos a la tradicional materia de la escultura, alcanzando un realismo excesivo y un barroquismo pronunciado. Y aunque a ella estos excesos le produzcan una sensación casi dolorosa, no tiene más remedio que reconocer que los grupos de la Iglesia de Jesús son de un efecto sorprendente.

Junto a «La Cena», contempla algunos de los otros «pasos». «El Prendimiento», en el que Cristo emana de toda su figura un auténtico y verdadero espíritu de humildad mientras Judas, artero, le besa; «Los Azotes» y «La Caída», tan tremendamente realistas que se siente un poco de miedo al acercarse. Le recuerdan estos grupos, los del Sacromonte en Varallo, aunque la comparación no sea correcta por las diferencias de época y de preocupaciones y escuela de sus autores.

Estos «pasos» de Salzillo están ejecutados con vistas a su exhibición, durante la Semana Santa, en las procesiones, colocados sobre unas andas o angarillas, que, y por medio de unas varas sobre las que descansan, son llevados por hombres a través de las calles.

En la Iglesia de San Miguel le enseñan un famoso retablo de Salzillo, inmenso, dorado, recargado con florido estilo. Este exceso de ornamentación, esta verdadera superación del barroco, sobre todo después de haber visto los «pasos» de la Iglesia de Jesús, le desagrada y renuncia a ver, en la Iglesia de San Juan, unos bustos del mismo escultor que el guía le asegura que son los más realistas que sus manos modelaron.

Por la tarde visita al Santuario de la Fuensanta, en la montaña. Para ir a él ha de atravesar el río, por el Puente Viejo, y pasar después por la parte más nueva de la ciudad. Al salir de ella, se atraviesa la huerta y siente curiosidad por saber a qué se debe el que gran cantidad de las moreras que se ven se encuentran casi totalmente desprovistas de hojas, pareciéndole increíble que un árbol pueda vivir con sólo algún remoño de ellas. Le informan que la cría del gusano de seda hace necesario disponer de gran cantidad de la hoja de este árbol, que es su único alimento, y la viajera estima que quizá nuestros gusanos sean excepcionalmente glotones.

El convento de la Fuensanta está situado en una repisa de la montaña, y desde la terraza que hay a su entrada, se divisa un panorama bellísimo con la inmensa huerta, la ciudad enclavada en medio de ella y la cadena de montañas al fondo. La Iglesia contiene pocas cosas de interés y llama su atención el que la imagen, bastante realista, de la Virgen Patrona, en el camarín del altar mayor, esté sobre una media luna, como una de las famosas Inmaculadas de Murillo.



En la Fuensanta le dicen que hay una fuente de agua sagrada, y con el calor que hacía fue una tentación el preguntar si se podía beber de ella. Cuando se la dieron la encontró calentuja y de mal sabor. La impresión fue desagradable porque recordó una experiencia igual en el Monte Pellegrino de Sicilia. En ambos casos visitaba un Santuario, en un día de calor, y encontraba el rico hallazgo de una fuente que calmara su sed. Pero en la Fuensanta no le enseñaron la fuente, y hubo de beber su agua, creyendo, por confianza en el guía, que de ella procedía. En cambio en Sicilia, el agua mana dentro de la Iglesia, construída en la roca viva, y surge fría como el hielo, pura, sin que ni el aire ni el sol la hayan tocado. en un chorro continuo.

En resumen: Murcia no le gustó a la señora o señorita Newbiggin. Todo, entre nosotros, lo encontró excesivo, deformado. Catedral demasiado barroca; demasiado realismo en el arte; demasiada muchedumbre en las calles; demasiado ruido; demasiado calor; Hotel demasiado escuálido. Al final reconoce que en un Hotel mejor quizá hubiese prolongado su estancia algún día más. Pero era tan incómodo, y tan reducida la atracción principal de Murcia, su carácter típicamente oriental, que optó por marcharse a ver si en otras ciudades tenía la dicha de hallar el Pájaro Azul que todo viajero busca en sus singladuras por los países que visita, y que en Murcia no había logrado encontrar.

*Notas:* El autor, que no es excesivamente viejo, conoció perfectamente esa época, ya bastante crecido. Recuerda el Hotel Patrón, donde estuvo hospedado, dos años, bastante tiempo antes, cuando comenzó en Murcia la carrera de Leyes. Había sido, en efecto, palacio de hidalgos murcianos y a hidalgos murcianos pertenecía aún en aquellos años. El autor conserva en su memoria, bien grabada, la protocolaria escena de todas las noches, cuando la Guerrero actuaba en el Teatro Romea y se hospedaba en el Hotel, de subir el Director, correctísimamente vestido, a bajar de su brazo por la suntuosa escalera, a la eximia actriz y acompañarla hasta el coche que había de conducirla al Teatro.

No acierta a suponer en qué Hotel se hospedara la señora o señorita Newbiggin. De seguro no fué en el Patrón que hubiera sido enorme injusticia conceptuar de «escuálido». Tampoco comparte los juicios despectivos acerca de la gracia y belleza de nuestras muchachas, que eran endiabladamente seductoras. El autor, no pudo verlas, entonces, con los cabellos cortos, moda que se implantó en España algunos años después. Pero con trenzas, con moños, o con melenas, nuestras chicas han sido siempre, en porte y en belleza, difícilmente superables.

La deformada ortografía de los nombres propios, ha sido conservada sólo en la primera cita y por norma de respeto al original, corrigiéndose después, en las posteriores, de acuerdo con nuestras reglas.

